





[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

© 2008, Leonor Bravo Velásquez

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-825-9

Derechos de autor: 029870

Depósito legal: 004142

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Noviembre 2008

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Julio 2017

Décima primera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Paola y Gabriel Karolys

Diagramación: Pamela Godoy

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# El secreto de los colibríes

Leonor Bravo Velásquez

Muestra  
promocional

Prohibida  
su venta

© Santillana



loqueleto



# Índice

De vuelta en La Escondida .....	9
La biblioteca secreta .....	23
Una pieza teatral del siglo XVII .....	31
Un encargo urgente .....	43
La fiesta .....	49
Visitas inesperadas .....	59
Mamazulita .....	67
Neblina de colores .....	80
La Edad de Oro .....	89
El tesoro de las tierras altas .....	96
El sonido del país .....	104
Canción .....	111
Barto .....	118
El secreto de los colibríes .....	124
Una rubia alta y flaca .....	138
El asalto .....	147
Fanesca .....	158
La melodía del libro .....	169
Pariente .....	178

La segunda parte .....	184
Vuelta atrás .....	192
Acompaña el canto .....	202
La búsqueda de los signos .....	208
La celda .....	220
El Día del Sol Recto .....	233
El oro .....	244
El tesoro .....	256
Biografía .....	271
Cuaderno de actividades .....	273

## De vuelta en La Escondida



—Abue, ¿quieres que te cuente algo? Tu biblioteca se volvió democrática y decidió tener nuevos lectores. 9

Alegría, sentada en el brazo del sillón, acarició la cabeza de don Nicolás y luego lo despeinó.

—¿Democrática? ¡Vaya! —respondió él, sacudiéndose—. ¿Y se puede saber quiénes son esos lectores que yo no he visto?

—Bueno, es que no han venido acá precisamente. La biblioteca los encontró en el camino.

—¿En el camino?

El abuelo parecía desconcertado; su nieta Alegría siempre tenía la capacidad de sorprenderlo.

Doña Tere se rio.

—Ya estás viejo para que te dejes tomar el pelo por tu nieta, Nicolás. ¿Acaso no te acuerdas de que, contra todas tus costumbres, les prestaste a estas niñas dos libros para las vacaciones largas?

—¡Ah, eso! Y dime, ¿a quién conocieron los libros?

—A nuestros primos, Eduardo y Adolfo —dijo Alegría.

—Y a su novio —intervino Elisa, que había estado callada hasta entonces, concentrada en una novela de Agatha Christie.

—¿Novio? —preguntaron los dos abuelos a la vez.

—No es mi novio —replicó Alegría, poniéndose colorada—. Es solo un amigo.

Elisa, otra vez metida en el libro, dijo de pronto:

—Se llama Ernesto.

Alegría la fulminó con la mirada. Los abuelos se miraron entre sí y sonrieron.

—Bueno, cuéntanos cómo conocieron los libros a esos chicos —pidió el abuelo.

—Un día, los libros se abrieron ante ellos, así, sin más. Nosotros hicimos todo por evitarlo y aquellos todo por mostrarse, por lo que no tuvimos más remedio que dejárselos ver —dijo Alegría, al recordar las angustias que pasaron tratando de ocultar los libros a sus primos—. Y desde ese día se abrieron todas las veces que fueron a visitarnos.

—Que, según parece, era muy frecuente —añadió el abuelo.

—No tan frecuente, solo todos los días —comentó Elisa, sin dejar de leer.

—¿Y qué historia les dio el *Libro de viaje*? —preguntó, interesado, don Nicolás.

—Una de piratas. ¡Sensacional!

Alegría le contó a su abuelo la travesía de Jean Pierre desde Marsella hasta América; los encuentros con Amalia, la dulce y tristísima fantasma; y el reencuentro de los dos amantes, después de sufrir durante siglos por su amor frustrado.

—Pues miren, yo no conocía esa historia. ¿Cuántos secretos guardará aún esta biblioteca?

—¿Tú crees que todavía hay aquí secretos por descubrir?

—Aquí y en todas partes. En el mundo entero son más las cosas que se ignoran que las que se saben, pese a todo ese despliegue informativo que se vive en la actualidad. Esa frase: «No hay nada nuevo bajo el sol» es solo un consuelo para los ignorantes.

—Abuelito, la cuestión es que nuestros primos llegan mañana; vienen a pasar vacaciones con nosotras y quieren conocer tu biblioteca.

—Y supongo que tú, sin consultarme, ya les dijiste que sí.

—Abue, tú no le niegas el conocimiento a nadie y yo he salido a ti. —Alegría se rio y luego puso esa voz melosa, con la que lograba que don Nicolás la apoyara en todo—. Pero, aunque no lo creas, no les he dicho que sí. En verdad te estoy consultando.

—No me pareció una consulta.

—En realidad, mi mami nos pidió que les avisáramos que viene el lunes con mis primos y con la tía Angelita.

—Y con Ernesto... —volvió a intervenir Elisa, sin levantar la cabeza del libro.

—¡Ah, sí!, me olvidaba... también viene nuestro amigo Ernesto —dijo Alegría.

—¡Vaya! ¡No me digas! O sea que, casi sin previo aviso, nos van a llenar la casa de gente —vociferó el abuelo—. Debiste avisarnos antes, Alegría, ya sabes que a tu abuelita le gusta atender bien a las visitas. ¡Esto es un verdadero atropello!

—¿Y de qué forma se les puede avisar? Ustedes no tienen teléfono ni Internet ni nada, y los que hacen la entrega del pan se olvidan de darles los recados. Por eso nos adelantamos, para avisarles personalmente.

—Cada día estás peor, Alegría —dijo doña Tere, riéndose—. Pobres tus papás, no creo que se dan cuenta de lo que les espera. ¿Y qué dice tu mamá de todo esto?

—¿Mi mami? Se resigna, como todos los papás —dijo Alegría.

—Oye —preguntó el abuelo todavía un poco molesto—, ¿y todos vienen con la esperanza de ver la biblioteca secreta?

—¡¡No!! —gritaron al unísono las dos chicas.

—Mi mami no sabe nada de esto. Cree que solo es un paseo a la hacienda. ¡Para conocer el páramo y sus bellezas! —recitó Alegría, con gesto teatral.

—¡Es extraño! —dijo doña Tere—. La biblioteca nunca dejó entrar a Lucía, y eso que a ella también le gustaban los libros.

—La verdad es que mi mami es un poquito aburrida —exclamó Alegría—: solo le gustan los libros que sirven para sus investigaciones. Me parece que no conoce el famoso placer de la lectura. Además, ella no cree en la magia ni en lo fantástico ni en nada que se aparte de la realidad.

—Si ella llega a ver un hada, puede pensar que es una mariposa desconocida a la que hay que catalogar —intervino Elisa, dejando a un lado el libro—, y alfiler en mano...

—Por lo que escucho, no tienen una gran opinión de su mamá —dijo la abuela.

—Tiene su mérito, es una buena investigadora —reconoció Alegría.

—Menos mal que algo le concedes. —El abuelo serio—. Bueno, pues qué le vamos a hacer, ¡que vengan! Pero hay que ver qué opina la biblioteca cuando estén aquí. Por espacio, no hay problema; aquí puede entrar todo un batallón.

—¿Como en la época de la Independencia, cuando se refugiaron los patriotas?

—Aquí se ha refugiado mucha gente. La Escondida siempre está abierta para los que luchan por las causas nobles.

El lunes, al mediodía, efectivamente, la casa se llenó de gente: Alfonso y Lucía, los padres de las niñas; Eduardo y Adolfo, sus primos con su mamá, la tía Angelita; y Ernesto, su amigo. Doña Tere, anfitriona a la antigua usanza, tenía todo previsto. Los cuartos para los huéspedes estaban listos con sábanas que olían a lavanda, los baños tenían esponjosas toallas con aroma a violetas, y la casa toda estaba adornada con las rosas del invernadero.

La Escondida, por lo general silenciosa, salvo en las fiestas o los días sábados, cuando los abuelos daban clases a los campesinos que vivían en los alrededores, estaba ahora llena de ruido. Los chicos, aunque muertos de frío, estaban fascinados con la antigua casona, detrás de la cual brillaba el blanco penacho del volcán dormido; con los innumerables cuartos cerrados que veían detrás de los visillos de encaje, y que suponían depositarios de antiguos secretos; con los largos corredores en los que jugaba el viento; con los retratos que hablaban de seres que habían vivido en ese lugar hacía varios siglos...

—¿Podemos ver la biblioteca? —dijo de pronto Ernesto.

—Oye, poeta, recién llegamos ¡y ya quieres irte a meter entre libros! —señaló Eduardo.

—Según sé, no son libros cualquiera, ¿verdad? —preguntó mirando a Alegría, que se ruborizó un poco.

—¡Son únicos en el mundo! —le respondió Elisa—. Ya van a ver.

—Esperemos a la hora de la siesta —sugirió Alegría, de repente sensata—. En este lugar, lo único que quieren hacer los adultos después del almuerzo es dormir. Ahí tenemos más tiempo.

—Está bien —asintió Ernesto, con el pelo sobre los ojos y una media sonrisa provocada por las muecas que le hacían Adolfo y Eduardo, parados detrás de Alegría.

—Yo creo que debemos pedirle permiso al abuelito —opinó Elisa—. Pienso que él se puede molestar.

—Yo creo, en cambio, que a la biblioteca secreta se entra sin permiso, si no no tiene chiste —replicó Alegría—. Además, si vamos durante la siesta, no creo que mi abue se entere de nada.

En la sala, los adultos conversaban sobre el tema del que hablan todos los padres con hijos a las puertas de la adolescencia, o ya en ella: sus hijos.

—Don Nicolás, doña Teresita, perdonen por venir así de improviso. —Angelita se veía un poco angustiada—. ¡Y hasta con un amigo! ¡Estoy muerta de vergüenza!

—Aquí hay sitio para todos, no se preocupen —dijo doña Tere, tranquilizándola.



—Mis hijos prácticamente me obligaron a venir. Sus nietas les han contado tantas maravillas de este lugar que, al siguiente día de salir a vacaciones, hicieron sus maletas y empezaron a presionarme. Y podían morirse si no traía también a Ernesto. Es un chico al que conocen casi desde que nacieron, porque nosotros somos muy amigos de sus papás.

—Las últimas semanas, Alegría y Elisa se han pasado todo el tiempo hablando por teléfono con sus primos, haciendo planes para venir acá —reconoció Lucía.

—Don Nicolás, usted sabe cómo son sus nietas: imparables cuando quieren algo —intervino Alfonso—. Tienen su carácter estas niñas. —El abuelo se rascó la barba—. Tienen su genio. ¿A quién habrán salido? —dijo riendo.

—Sí, son especiales —observó Angelita con tino, aunque se moría de ganas de contar todas las peripecias que habían pasado en Puná, cuando las raptaron los piratas en el golfo.

Pero eso, de común acuerdo entre todos los involucrados, se había convertido en el secreto mejor guardado de la familia.

—¿Y de quién es la culpa? —preguntó Lucía, exaltada, y ella misma se respondió—: ¡De papá y mamá! Sobre todo tuya, papito, que las has consentido en todos sus caprichos, especialmente a Alegría.

—Mis nietas son excelentes chicas. —Doña Tere estaba un poco molesta—. Lo que pasa es que son inteligentes, y por eso son inquietas y curiosas. Nosotros lo único que hemos hecho es quererlas...

—Y darles libertad para ser ellas mismas —agregó el abuelo.

Alfonso abrazó a su suegro.

—Bien dicho, don Nicolás, y eso es algo que pocos chicos tienen.

—Ya ves, Angelita, tu hermano, aliado con mis padres, ha malcriado a esas dos niñas, que nos van a sacar canas verdes a ti y a mí.

—No sufras con anticipación, Lucía, y disfrútalas ahora que todavía están chicas. Cuando se hagan jóvenes, vas a rogar que pasen más tiempo contigo.

—Así es, los hijos crecen y se van —suspiró doña Tere—. Pero dejemos de quejarnos y, por nosotros, no se preocupen. Estamos encantados de tenerlos a todos aquí.

—En nuestro hogar son siempre bienvenidos los amigos de nuestros hijos y de nuestros nietos —manifestó a su vez don Nicolás—. Por favor, disfruten de su estancia en esta, que es su casa. Vamos a comer. Mi esposa ha preparado una rica comida, y luego de eso pueden descansar.

Del almuerzo, con caldo de gallina de campo y carne asada con choclos recién cosechados, queso tierno, papas

cholas y ensalada, disfrutaron todos. En la larga mesa del comedor, que solo se utilizaba cuando había visitas, todos se rieron escuchando las muchas anécdotas que sobre el lugar contaba don Nicolás.

A la tarde, según el pronóstico de Alegría, los adultos se fueron a dormir, no sin antes pedir a los chicos que hicieran lo mismo.

18 Las puertas de sus habitaciones se cerraron y se abrieron pocos minutos después y, en silencio, para no despertar a los cansados padres, los cinco chicos se encaminaron hacia su objetivo, que se hallaba en el segundo patio de la casa, detrás de una alta pared circular cubierta de madreselvas y campanillas azules.

La enorme biblioteca, en penumbra, los recibió con su olor a maderas finas. Allí, detrás de sus pesadas puertas de guayacán, dormían miles de libros que resumían el arte, la sabiduría y la ciencia de buena parte de la humanidad.

—¡Qué cantidad de libros! —exclamó Eduardo.

—Y esto es solo un piso, hay tres más —le recordó Elisa.

Ernesto se paró en el centro, lentamente dio una vuelta en redondo y luego se sentó en el piso.

—No sabía que algo así existía en nuestro país. ¡Es una locura! ¿Y todo esto es de ustedes? —preguntó a las chicas.

—El abuelito dijo que así está en su testamento —respondió Elisa.

—Pero cuando veas la otra biblioteca te vas a morir. ¡Es maravillosa! Vengan por acá. El abuelo guarda las llaves en este lugar. —Alegría encendió las luces y se dirigió a un costado de la habitación—. ¡¡Abue!! —gritó de pronto.

Junto a ella, todos pegaron un grito: Allí, sentado en un sillón junto al escritorio, estaba don Nicolás.

—Sí, Alegría, soy yo. ¿Pensabas que ibas a entrar a la «otra» biblioteca sin consultarme? Es cierto que en mi testamento he puesto que todo esto será para ustedes, pero todavía es mío.

—Perdona, abuelito.

Alegría estaba muerta de vergüenza.

—Quiero conversar con estos muchachos antes de que intenten entrar a la biblioteca secreta, porque ella tiene una debilidad: le gustan las personas que, entre otras cosas, aman los libros. Pero no se fija en sus intenciones, no le importa si son buenas o malas, y puede dejar entrar a villanos o a personas sin escrúpulos.

—¡Abuelo! ¡Son nuestros primos! —exclamó Alegría—. ¡No puedes dudar de ellos!

—Pero yo no los conozco —respondió él, con frialdad—, por eso quiero conversar con ellos.

—A mí me daría mucho gusto conversar con usted —dijo de pronto Ernesto.

Los hermanos intercambiaron miradas asesinas.

—A nosotros también. —La voz de Eduardo temblaba.

—Muy bien, entonces no hay problema —declaró don Nicolás—. Alegría, Elisa, ¿quieren esperar afuera, por favor?

—¡¡Abuelito!! —gritaron las dos niñas a la vez, con los ojos casi fuera de sus órbitas.

—Ustedes no tienen inconveniente, ¿verdad? —preguntó don Nicolás a los muchachos.

Cada uno hizo una mueca diferente, pero no acertaron a decir palabra.

—Yo las llamaré cuando hayamos terminado.

El tono de voz del abuelo no dejaba ninguna duda. Rara vez hablaba así, pero, cuando lo hacía, las niñas sabían que no tenían la menor oportunidad.

Alegría y Elisa esperaron largo rato sentadas en las bancas de piedra, junto a la pileta cuyas aguas jugaban con los tímidos rayos que un escurridizo sol había dejado ver ese día. Estaban abatidas. Les daba pena saber que su abuelo estaba molesto con ellas y sentían vergüenza por haber abusado de la confianza que él les ofrecía. Pero también tenían temor por los chicos: ¿a qué interrogatorio los estaría sometiendo su abuelo?

—¡Nunca lo había visto así! —exclamó Elisa—. Está molesto de verdad. Yo te dije que le avisáramos.

—Está bien, creo que nos pasamos —admitió Alegría con desgano.

—Una cosa es que nosotros hayamos entrado de esa forma, y otra que nuestros primos entren de contrabando.

Elisa sonrió a su pesar.

—¡Y los estará tratando como a contrabandistas! ¿Recuerdas cómo trató a esos ladrones que se entraron el año pasado? No quisiera estar en su pellejo.

—El abuelo interrogando a alguien... nunca me lo habría imaginado. Ojalá que se le pase el enojo con nosotras, si no, se acabaron las vacaciones aquí —suspiró Elisa.

Alegría y Elisa se imaginaron todas las formas de tortura que don Nicolás podría utilizar para hacer hablar a los muchachos. Seguro que ellos ya le habían contado lo del rapto, y quién sabe qué otras cosas más. Cuando ya habían supuesto hasta que el abuelo podía tener un pasado nazi y que, por lo tanto, sus técnicas de investigación serían muy sofisticadas y crueles, cansada de esperar, Alegría propuso ir a ayudar a la cocina.

Como a las cinco, cuando la casa ya olía a café y a chocolate, y la mesa estaba preparada con queso y pan caliente, listo para ser untado con mantequilla de la hacienda, y cuando Alegría y Elisa habían cambiado tres veces el juego de tazas y roto dos en el trajín, apareció don Nicolás con los chicos. Los cuatro se reían y conversaban